

“ EL ROL DE LA MUJER EN LA RELIGIÓN SIEMPRE HA SIDO UN TABÚ ”

DELPHINE HORVILLEUR

La voz del judaísmo liberal. Además de ser la primera mujer ordenada rabina en Francia, es periodista y autora de libros de éxito. Aquí habla sobre la evolución de la religión, el feminismo, el antisemitismo... Pero, especialmente, sobre su propio combate contra el machismo religioso

Por Raquel Villaécija. Fotografía de Sébastien Dolidon

Delphine Horvilleur es la primera mujer que fue ordenada rabina en Francia, además de periodista, directora de una revista, escritora y feminista. Ha publicado varios libros, como *Vivir con nuestros muertos* (Libros del Asteroide) y, ahora, *Reflexiones sobre la cuestión antisemita* (Libros del Zorzal). En ellos habla de su historia personal (sus abuelos murieron en un campo de concentración), religión, filosofía y feminismo. El primero tuvo una insólita acogida, pues miles de personas le escribieron para hacerla partícipe de su duelo. Horvilleur cree en la transgresión para cambiar la sociedad y las religiones. En cuestión de feminismo asegura que nada está ganado.

P. Empezó a estudiar Medicina, luego se hizo periodista y es rabina. ¿Qué une esos tres mundos?

R. Creo en la importancia de lo incierto en la vida. A veces creemos que tenemos que ir en una dirección y lo que nos deparaba el futuro era desviarnos del camino. He sentido esto en mi vida y en mi carrera, pero creo que los tres aspectos se entrelazan. Lo que buscaba en la Medicina y el Periodismo tiene que ver con lo que hago como rabina: tomar el discurso del otro en una especie de escucha sagrada. En la Medicina acompañas el dolor del otro. El periodista toma su palabra como si fuera un texto sagrado. Como rabina interpretas el diálogo entre el texto sagrado y el ser humano. Ser periodista y rabina es lo mismo pero al revés: el periodista mira el mundo y lo resume en algunas líneas; la rabina a partir de unas líneas interpreta el mundo. Es una labor de enlace. La esencia del ser humano es esa capacidad de dar sentido a las cosas con el discurso.

P. En su libro sobre la cuestión antisemita señala que la discriminación a los judíos es distinta de otros tipos de racismo. ¿Por qué?

R. No digo que el racismo sea menos grave, pero hay ciertas diferencias sistémicas. El racismo suele venir de un complejo de superioridad, porque nos creemos que alguien no tiene el color o la nacionalidad adecuada, y nosotros sí tenemos eso que el otro no tiene. En el antisemitismo es lo contrario. El antisemita considera que el judío tiene algo que él no tiene: dinero, poder, conexiones, una familia... Hay un complejo de inferioridad que revela un fracaso: el de no haber conseguido lo que queríamos porque otro te ha quitado tu lugar y ha manipulado la historia. Es una fórmula extraordinaria para eludir tu responsabilidad. En política, en cuanto hay una crisis, se abre esta caja de Pandora y llega el antisemitismo. Durante las protestas de los chalecos amarillos en 2017, rápidamente aparecieron pancartas antisemitas, cuando no tenía nada que ver con el contexto.

P. Usted participó en los juicios por los atentados contra la revista 'Charlie Hebdo' y el supermercado Hyper Cacher para hablar precisamente del papel del antisemitismo en los ataques...

R. Los abogados me pidieron que hablara sobre el papel del antisemitismo en estos atentados. Cuando se produjo la toma de rehenes, yo estaba en mi sinagoga y empezábamos el oficio de *shabat* cuando la policía inició el asalto para liberarlos. Testifiqué en el juicio y, además, en 2015 acompañé a la familia de Elsa Cayat, la psiquiatra de *Charlie Hebdo* y la única mujer que murió en los atentados. Era judía y su familia me pidió que oficiara la ceremonia. Aquel 15 de enero de 2015 yo estaba en un cementerio de París con la familia judía de Elsa y también con la familia de la revista, que era atea. Fue un momento sagrado que me hizo comprender mi rol como rabina y por qué estoy tan vinculada al laicismo. Aunque hay gente que busca separar a la sociedad entre los que creen y no creen, son tonterías. Nos une ese laicismo republicano que no nos pide que no creamos, sino que tiene un lugar para cada uno, al margen de nuestras creencias.

P. ¿Cómo compagina su labor de periodista con la de rabina?

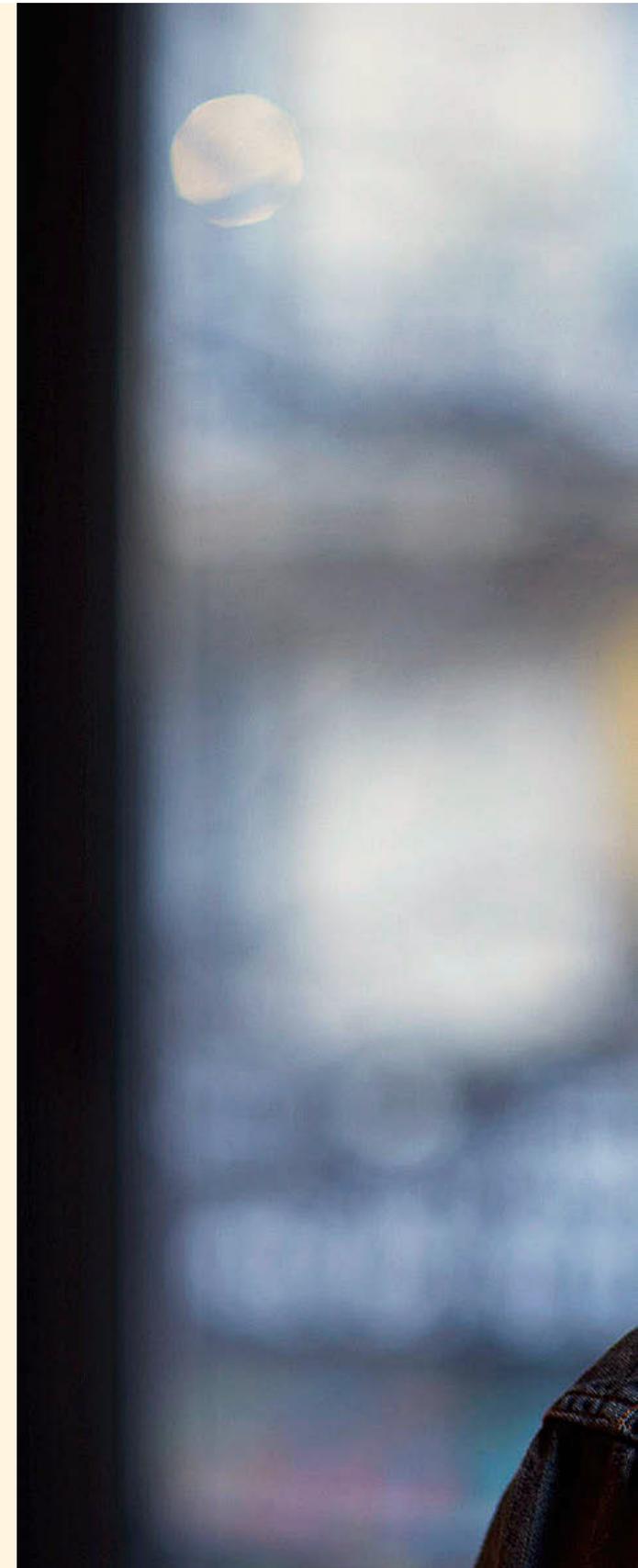
R. Antes de ser rabina era periodista para la televisión francesa, fui corresponsal y ahora dirijo una revista sobre pensamiento judío. En enero sacamos un número donde le preguntamos a la gente cómo imagina el mundo en 2063, en 40 años. Me gusta la idea de que esa pulsión periodística actúa sobre lo demás, ver cómo esa exploración del mundo puede dialogar con mi reflexión religiosa.

P. ¿Y cómo será ese mundo de 2063?

R. Estamos en un tiempo de polarización extrema. Es la esencia de las crisis, en las que tocamos lo mejor y lo peor. Cuando pienso en la palabra *crisis* pienso en lo que significa esa palabra en hebreo: sala de partos. La crisis es como una sala de partos donde la vida y la muerte se dan la mano, donde todo es posible. El mundo que puede nacer de esta crisis dependerá de la capacidad de las generaciones para relacionarse unas con las otras. En Francia vivimos una crisis intergeneracional donde los jóvenes y los mayores no se relacionan. No se entienden en temas como el feminismo y la religión. Para avanzar hay que encontrar el vínculo en la lucha de la generación pasada. Por ejemplo, el feminismo contemporáneo es diferente del de los años 60, pero como feministas no iremos a ninguna parte si no somos capaces de vernos en una especie de continuidad, si no podemos expresar gratitud con la lucha de nuestras madres. No podemos hacer del pasado una tabla rasa. No creo en las rupturas radicales ni en la ingratitud. Para mí esa cuestión de cómo será 2063 es ésa: si el mundo de 2063 será capaz de vivir como hijo del de 2023.

P. Hablando de combates... ¿Cómo ha sido el suyo para convertirse en rabina en Francia?

R. Mucha gente que se ha opuesto a que haya mujeres rabinas o a la modernidad religiosa me ha dicho que he roto con la tradición y es un punto de desacuerdo. La tradición evoluciona, pero creo que su evolución es tradicional. Es decir, siempre ha evolucionado. Nos



han contado la religión como algo inamovible, donde nada ha cambiado, y no es verdad. Las pasiones religiosas, cuando están vivas, evolucionan. No siempre a la misma velocidad ni en la misma dirección, pero siempre han evolucionado. La feminización de la función de rabina no es una ruptura, sino la prueba de que la tradición está viva. Todas las religiones percibirán el cambio como subversivo o peligroso, sobre todo si hablamos de una mujer, porque lo femenino en la religión es siempre un tema tabú, subversivo. La voz



DÉLPHINE HORVILLEUR. Rabina y directora de la revista 'Revue de pensée(s) juive(s)'

conservadora de nuestras religiones considera que lo femenino, cuando tiene demasiado poder y saber, que es lo mismo, es un peligro y una amenaza para el sistema. Por eso siempre van a sacralizar el rol de la mujer en la interioridad, convirtiéndola en una santa maternal, la reina del hogar... Es una manera elegante de encerrar a la mujer en un lugar donde no tenga acceso al conocimiento ni al poder.



P. ¿Ha percibido una evolución en ese rol de la mujer dentro de la religión?

R. Nada está conquistado del todo. Si hay una cosa que la Historia nos ha enseñado es que las conquistas feministas son siempre reversibles. Lo hemos visto en EEUU con el aborto y con el avance del fundamentalismo religioso en nuestras religiones. Los derechos de la mujer siempre serán cuestionados. Nada nos garantiza que la generación próxima no tendrá un cuestionamiento de lo que hoy tenemos. Las cosas han cambiado, pero pueden volver a cambiar. El feminismo es un combate que no podemos abandonar nunca.

P. ¿Cree que la polarización política en Francia ha provocado un aumento del radicalismo religioso?

R. Creo en esa promesa republicana que dice que cada uno en su país puede decir *yo* y nunca *nosotros*, que garantiza que siempre habrá un lugar para el otro, un espacio más grande que la creencia de uno mismo. El lenguaje comunitario es difícil de conciliar con la realidad histórica francesa, que se construye sobre otro modelo, pero es difícil garantizar cuando estás amenazado por políticos y discursos identitarios tan poderosos y mortíferos. Al contrario que el catolicismo, que se basa en la idea de unión, en la identidad judía hay una desconfianza en la idea de un colectivo que incluye a todo el mundo tras un lema. Se basa en la idea de una diferenciación constante,



Siempre nos han contado que la religión es algo inamovible, donde nada cambia, pero no es verdad”

“El antisemitismo viene de un complejo de inferioridad. El antisemita critica al judío por tener algo que él no tiene”

“Nuestra sociedad esconde la muerte. Para permanecer dignos no podemos exponer nuestro duelo”

hay un rechazo a dejarse definir por una sola definición identitaria.

P. En ‘Vivir con nuestros muertos’ habla del duelo. ¿Tenemos un problema con eso como sociedad?

R. Cuando escribí el libro recibí miles de cartas de personas que querían hablar sobre sus muertos, sus miedos, sus fantasmas... Me mandaban fotos y tengo una especie de mausoleo en mi armario. Esto me hizo entender hasta qué punto la gente no tiene a nadie con quien hablar de todo eso. Viven con sus secretos, con fantasmas... Nuestra sociedad ha escondido este tema. Para permanecer dignos no podemos exponer el duelo. La pandemia lo ha evidenciado, porque la muerte estaba en todos sitios y volvía para hablarnos. Ha estado siempre, nunca se fue, pero creíamos que podíamos pedirle manifestarse sólo en el hospital y en los servicios paliativos. La hemos escondido y ahora es como si se manifestara y dijera: ‘No me he ido, estoy aquí y tenemos que hablar de mí’. Hay muchas historias que merecen ser contadas.

P. ¿Alguna que le haya marcado?

R. Conocí a una mujer que estaba tan obsesionada con su muerte que pasó su vida organizando su funeral. Había dejado cuadernos a sus hijos con las indicaciones y estos estaban tan hartos que le organizaron su funeral cuando estaba viva. Vivió punto por punto todo lo que había organizado. Sus hijos le dijeron: ‘Vale, ahora sí deja de jodernos’.

La rabina, periodista y escritora Delphine Horvilleur posa esta semana en París